

Galilea. 153

Liturgia, pastoral, vida cristiana

Que todos sean uno

Manuel Nin:
«Un conocimiento de las riquezas teológicas, litúrgicas y canónicas puede complementar muy bien Oriente y Occidente»



Número 27
septiembre-octubre
de 2022. 5,00 €





Sumario:



4

10



5

12



6

14



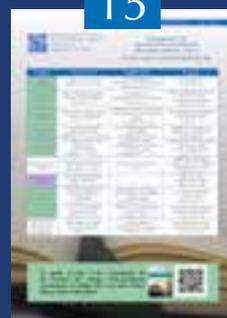
8

15

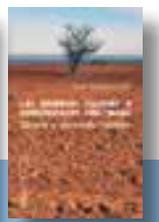


9

16



Y en la web (<http://galilea.153.cpl.es>)



Año 5. Número 27
septiembre-octubre 2022

Edita:

Centre de Pastoral Litúrgica
de Barcelona

Periodicidad:

6 números al año

Suscripción anual

2021/2022:

En papel: 29,26 €

Online: 20,50 €

Precio de este ejemplar:

5,00 €

Dirección:

Quiteria Guirao Abellán
qguirao@cpl.es

Equipo responsable:

Antoni M.C. Canal
Lino Emilio Díez Valladares
Maria Guarch
Dani López
M. Àngels Termes
Joan Torra

Consejo asesor:

Natàlia Aldana
Dolores Aleixandre
Elisenda Almirall
Benjitu Bareto
M. Antònia Bogónez
Anna-Bel Carbonell
Paula Depalma
Albert Dresaire
Manolo Juárez
Jordi Julià
Montserrat Lluveras
Tere Martín
Carme Munté
Juan Carlos Pérez
Marta Pons

Dirección:

Centre de Pastoral Litúrgica
Diputació 231
08007 Barcelona
Tel. 933 022 235
wa: 619 741 047
cpl@cpl.es

Web:

<https://galilea.153.cpl.es/>

Fotografía de la portada:

Catholic: Fray foto

Dibujo página 2:

Juan Carlos Pérez

Síguenos en las redes
sociales: @CPLeditorial



CONOCERNOS PARA SER UNO

Para ofrecer en *Galilea.153* una iniciación al conocimiento de otras liturgias cristianas que se celebran aquí, hemos buscado a personas conocedoras de las Iglesias católica y ortodoxa. Y también, responsables de comunidades de base.

Con todos los cristianos orientales, sean ortodoxos o católicos, compartimos una misma fe, un mismo Evangelio, una misma tradición apostólica. Es mucho más lo que nos une que lo que nos separa. La presencia de tantos cristianos ortodoxos entre nosotros, también de origen inmigrante, es una ocasión para favorecer el ecumenismo, para conocernos y ayudarnos mutuamente, para seguir rezando y trabajando juntos por la plena unidad.

Con los católicos orientales o grecocatólicos vivimos en plena comunión en la Iglesia, con la guía del Obispo de Roma. Nos enriquece la diversidad de ritos, celebración de la liturgia y tradición. La presencia de algunos católicos orientales entre nosotros nos da la oportunidad de valorar la riqueza y la diversidad de nuestra Iglesia.

Conocernos

De la liturgia del Oriente cristiano nos habla [Sebastià Janeras](#). Y [Carlos de Francisco](#) nos acerca a las Iglesias orientales en la historia.

[Maria Rosa Ocaña](#) explica la praxis de la acogida desde la experiencia de una comunidad ortodoxa de Barcelona, del Patriarcado de Serbia. Y [José Santos](#) que nos ejemplifica la caridad en la vida de su parroquia donde hay una incorporación asidua a la comunidad de personas inmigradas.

La entrevista de [Carme Munté](#) a Mons. [Manuel Nin](#), monje de Montserrat, exarca apostólico para los católicos de tradición bizantina en Grecia, nos anima a conocer la riqueza teológica, eclesiológica y litúrgica de las Iglesias orientales.

Nuestras secciones habituales nos acercan al final del tiempo ordinario, con la celebración de la solemnidad de Jesucristo, Rey del Universo de la que nos habla [Natàlia Aldana](#). El título que hemos puesto a esta revista es: *Que todos seamos uno*. Y nos lo ha dictado [Manolo Juárez](#) con la oración que propone a partir de *Juan 17,21*.

[Gonzálo Gúzman](#) nos la introduce a la *Carta apostólica sobre la formación litúrgica del Pueblo de Dios*, del papa [Francisco](#), cerrando así la revista.

Solo nos queda decir: preparémonos para el Adviento con la certeza de que el Hijo de Dios viene a nosotros y que nosotros debemos ir a su encuentro.

QUITERIA GUIRAO ABELLÁN
qguirao@cpl.es

LA SAGRADA LITURGIA

La Constitución sobre la Sagrada Liturgia del Concilio Vaticano II dice literalmente que «en la liturgia terrena preguntamos y tomamos parte en aquella Liturgia celestial, que se celebra en la santa ciudad de Jerusalén, hacia la cual nos dirigimos como peregrinos, y donde Cristo está sentado a la diestra de Dios como ministro del santuario y del tabernáculo verdadero, cantamos al Señor el himno de gloria con todo el ejército celestial; venerando la memoria de los santos esperamos tener parte con ellos y gozar de su compañía; aguardamos al Salvador, Nuestro Señor Jesucristo, hasta que se manifieste Él, nuestra vida, y nosotros nos manifestamos también gloriosos con Él» (*Sacrosanctum Concilium* 8).

Ved qué descripción hace san Juan Crisóstomo (†407) en el libro tercero de su *Tratado sobre el sacerdocio*, de la liturgia celebrada en la tierra, reflejo de la del cielo. Todo esto está en los orígenes de lo que conocemos como rito bizantino.

El sacerdocio se ejerce en la tierra pero tiene el rango de las realidades celestes. Y con razón. Pues ni un hombre, ni un ángel, ni un arcángel, ni ninguna otra potencia creada, sino el Paráclito mismo dispuso este orden y persuadió a los que aún permanecen en la carne a reproducir el ministerio de los ángeles. Por ello, es necesario que el sacerdote sea puro, tal como si estuviese en los cielos mismos en medio de aquellas Potencias.

Temibles y muy terribles eran también las realidades que antecedieron a la gracia: las campanillas, las granadas, las piedras del pecho, las del hombro, la mitra, la diadema, la túnica, la placa de oro, el Santo de los santos, el gran sosiego del interior. Pero si uno examina las realidades de la gracia, encontrará que aquellas otras realidades temibles y muy terribles son pequeñas y que lo dicho a propósito de la Ley es verdadero: «Lo que era glorioso en esta situación no es glorioso a causa de una gloria que lo sobrepasa» (2 *Corintios* 3,10). Cuando ves al Señor inmolado y yacente, al sacerdote que preside el sacrificio y ora, y a todos bañados en aquella preciosa sangre, ¿piensas que aún estás entre los

hombres y sobre la tierra y, en cambio, no piensas que al punto has emigrado al cielo? ¿Desechando todo pensamiento carnal, no ves, con el alma desnuda y la mente pura, lo que hay en el cielo? ¡Qué maravilla! ¡Qué amor de Dios por el hombre! El que está sentado arriba con el Padre, es asido en ese momento por las manos de todos y se da a los que quieren abrazarlo y recibirlo.

En ese momento, todos lo hacen con los ojos. [...] Pues el sacerdote está en pie, no para traer fuego, sino el Espíritu Santo; y suplica largamente, no para que un fuego lanzado desde lo alto consuma las ofrendas, sino para que la gracia, cayendo sobre el sacrificio, encienda por medio de él las almas de todos y las haga más brillantes que la plata fundida.

¿Quién, que no esté loco o fuera de sí, podrá despreciar esta celebración tan sobrecogedora? ¿Ignoras que un alma humana nunca habría soportado aquel fuego del sacrificio? ¿Ignoras que absolutamente todos habrían sido aniquilados si no fuese por el generoso auxilio de la gracia de Dios?

LA LITURGIA DEL ORIENTE CRISTIANO

SEBASTIÀ JANERAS VILARÓ

Católico u ortodoxo responde a una pertenencia eclesial, no a una tradición litúrgica

Fotografía: Cathopic



Al lado de la unicidad de la liturgia en Occidente, la liturgia romana, el Oriente cristiano posee una variedad muy rica de tradiciones litúrgicas. La más difundida, y también la más conocida, es la liturgia de tradición bizantina porque tiene como centro la ciudad de Constantinopla, la antigua Bizancio. Desde las tierras griegas esta liturgia se extendió a los pueblos eslavos y otros. Así, se puede hablar de liturgia griega, eslava, rusa, georgiana, rumana, etc., pero siempre es liturgia bizantina.

Pero hay otras liturgias orientales y en un sentido más pleno del término oriental. En primer lugar, las liturgias de tradición siríaca (siríaca occidental o antioquena y siríaca oriental o caldea); las de tradición egipcia; la liturgia copta y liturgia etiópica; la liturgia armenia.

La liturgia no es ni ortodoxa ni católica, sino romana u oriental (con sus diversas variantes occidentales). Hay comunidades católicas de rito oriental (en Cataluña, sobre todo la comunidad ucraniana grecocatólica, es decir, católica de rito bizantino). La liturgia de estas comunidades que no es ortodoxa, sino oriental (de rito bizantino u otro). Por otro lado, la liturgia propia de nuestras tierras no es una liturgia católica, sino una liturgia latina y, más concretamente, romana. Católico u ortodoxo responde a una pertenencia eclesial, no a una tradición litúrgica.

La liturgia oriental tiene un carácter eminentemente contemplativo y de comunión con la liturgia celestial.

Así lo expresa Teodoro de Mopsuestia (siglo IV) en sus catequesis: «Cada vez que cumplimos la liturgia de este sacrificio nos tenemos que representar interiormente, con la imaginación, que estamos en el cielo». Es lo que dijeron los enviados del príncipe Vladimir de Kíiv cuando, en Constantinopla asistieron a la celebración litúrgica: «No sabíamos si estábamos en la tierra o en el cielo».

Esta comunión con la Iglesia del cielo se evidencia en la decoración pictórica de las iglesias y los iconos. El icono, de hecho, forma parte del mundo sacramental; no quiere ser pura decoración pictórica, sino que es un medio de participación de lo real con lo sagrado, de lo humano con lo divino. El icono, pues, es indisoluble de la liturgia.

Las liturgias orientales mantienen muy vivo el sentido pascual, no solamente durante el Tiempo de Pascua, durante el cual la gente se saluda con un «Cristo ha resucitado», a lo que se responde: «¡Verdaderamente ha resucitado!», sino también, en la celebración del domingo (también durante la Cuaresma). En el oficio matinal se lee –siguiendo la antiquísima tradición de Jerusalén– el evangelio de la resurrección de Cristo; y los textos de los oficios siempre son cantos de resurrección.

Otra característica de las liturgias orientales es la gran riqueza de textos que llenan los oficios, sobre todo las grandes horas del oficio. Se expresa, pues, en forma poética la gran riqueza teológica oriental.

MANUEL NIN: RESPIRANDO AL COMPÁS DE LOS DOS PULMONES DE LA IGLESIA

CARME MUNTÉ MARGALEF

Decía Juan Pablo II que la Iglesia respira con dos pulmones, el oriental y el occidental. Y solo con una mirada de conjunto se puede comprender su auténtica profundidad teológica, eclesiológica y litúrgica. Respirando al compás de los dos pulmones de la Iglesia encontramos al P. Manuel Nin, hijo del Vendrell (Tarragona), donde nació en 1956, monje de Montserrat, obispo titular de Carcacia y exarca apostólico para los católicos de tradición bizantina en Grecia. «Somos cristianos católicos, pero no latinos, y eso supone una gran riqueza para todos, tanto orientales como occidentales», nos aclara.

Según el P. Manuel Nin, las Iglesias orientales, en distintos aspectos como el iconográfico y el musical, se empiezan a conocer bastante en Occidente, mientras que desde el punto de vista de la riqueza teológica, eclesiológica y litúrgica son todavía muy desconocidas. «Convendría que ya desde los lugares de formación, como son los monasterios y los seminarios, se diera una buena introducción a estas Iglesias», expone.

¿A pesar del aforismo *Ex oriente lux*, la Iglesia de Oriente sigue siendo la gran desconocida?

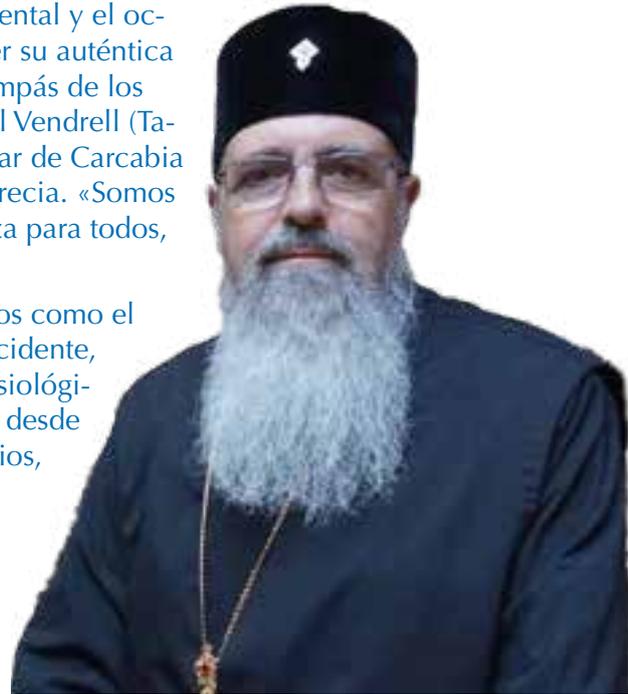
En primer lugar, creo que hay que hablar siempre de las Iglesias orientales en plural. En el Oriente cristiano encontramos siete Iglesias que pertenecen a siete tradiciones orientales diversas: Iglesias bizantinas, siríacas orientales, siríacas occidentales, coptas, etiópicas, armenias y maronitas. Estas Iglesias en distintos aspectos como por ejemplo el iconográfico, el musical, se comienzan a conocer bastante en Occidente. En cambio, desde el punto de vista de la riqueza teológica, eclesiológica y litúrgica todavía son muy desconocidas y convendría que ya desde los lugares de formación, como son los monasterios y los seminarios, se diera

una buena introducción a estas Iglesias.

¿Los dos pulmones de la Iglesia de los que habla el papa Juan Pablo II se conocen y se complementan lo suficiente?

La imagen de los dos pulmones, muy usada por el gran y santo papa polaco, es una imagen válida, aunque cada una de las tradiciones eclesiales puede representar por sí misma un pulmón del cristianismo. Un conocimiento de las riquezas teológicas, litúrgicas y canónicas puede complementar muy bien Oriente y Occidente.

En Rusia y Ucrania la religión va ligada a un sentimiento de pertenencia e identitario, cosa que dificulta cualquier tipo de diálogo ecuménico.



¿Cuáles son las formas litúrgicas propias de la tradición bizantina?

La pregunta es muy amplia. Las Iglesias bizantinas vivimos unas formas que son propias, en el canto, en toda la celebración litúrgica, y que nos identifican, podríamos decir, con lo que somos y hacemos como Iglesia. La diversidad «ritual» indica de una manera muy clara la gran riqueza en el plano eclesiológico.

¿Sorprende la figura del presbítero casado en la tradición oriental?

El Oriente cristiano ha tenido siempre lo que podríamos catalogar como doble clero: un clero célibe y otro casado. Es necesario precisar que a menudo confundimos la situación con afirmaciones como: «en Oriente los presbíteros se casan...», cosa no es para nada cierta: Oriente ordena hombres previamente casados. Es una realidad muy rica que ha existido siempre, una realidad rica y también con situaciones que no son fáciles. Si algún día la Iglesia católica de tradición latina quiere profundizar en el tema, seguramente el ejemplo y la experiencia del mundo oriental le será muy útil.

Más allá de la cuestión cultural, ¿cuál es la profundidad teológica de la belleza de los iconos o del canto bizantino?

La belleza es una dimensión fundamental en la vida cristiana y por tanto en todo lo que hacemos y celebramos como cristianos en nuestra vida de fe. La belleza de la iconografía, del canto litúrgico, es patrimonio de Oriente y de Occidente, un patrimonio que debe ser preservado, cultivado y, sobre todo, que debe formar parte de la mistagogía de la fe que cada Iglesia vive. La belleza de la iconografía/del arte bizantino, siríaca, copta; la belleza de la iconografía/del arte románico en toda su riqueza iconográfica. La belleza del canto litúrgico bizantino, copto... la belleza del canto litúrgico gregoriano en Occidente. La belleza es patrimonio cristiano, no solo oriental. Sin olvidar nunca que la belleza nos lleva a la Belleza,

a Aquel que como cantamos en el salmo: «eres el más bello de los hombres», el Cristo Señor.

¿Cómo encarnáis esta complementariedad entre el mundo oriental y occidental?

Nuestro Exarcado en Grecia encarna una realidad muy viva y bella del hecho de pertenecer a la comunión de la Iglesia católica desde la experiencia y la vida de tradición bizantina, somos cristianos católicos, pero no latinos, y eso supone una gran riqueza para todos, tanto orientales como occidentales. En Atenas el Exarcado para los católicos de tradición bizantina es una Iglesia con un obispo, con presbíteros, con fieles, con una celebración de la fe, liturgia, catequesis. Nuestra aportación es ser una presencia católica, hecho que quiere decir una presencia cristiana fraterna, acogedora, abierta a todos.

¿Cuáles son las relaciones con la Iglesia ortodoxa?

Por razones históricas de la primera parte del siglo XX, nuestra relación con la Iglesia ortodoxa en Grecia en este momento se limita a colaborar sobre todo en el ámbito de Cáritas, para prestar servicio y ayuda a personas que se encuentran en situaciones difíciles.

¿Cómo influye el aspecto religioso en la guerra/invasión Rusia-Ucrania?

En este trágico momento de guerra/invasión en el corazón de Europa, la cuestión religiosa está a flor de piel, ya que ambas partes beligerantes son cristianas y eso da a esta guerra una dimensión todavía más trágica de lo que ya es una guerra entre los hombres.

¿En Rusia y Ucrania la religión no es tanto una cuestión de fe, más bien es un sentimiento de pertenencia o una cuestión identitaria? ¿Cómo dificulta este hecho el diálogo ecuménico?

Yo creo que en Rusia y Ucrania la religión ciertamente es una cuestión de fe, que va ligada sin duda al sentimiento de pertenencia también y a una identidad ucraniana o rusa. Y eso dificulta claramente cualquier tipo de diálogo. ¿Dificulta? Sí, pero debería ser –esta es nuestra esperanza– también el punto de partida de cualquier tentativa de diálogo fraterno.

¿Cómo la unidad de cristianos debe contribuir en las grandes cuestiones sociales y la paz en el mundo?

El día en que, cuando el Señor quiera y como el Señor querrá, las Iglesias cristianas estarán en plena comunión, será el momento en el que, al menos entre cristianos, el diálogo, la paz habrán de ser tratadas entre hermanos, cosa que hará que al menos se pueda iniciar desde una base común aceptada por todos. Las Iglesias cristianas no son una ONG que se dedican únicamente a resolver y ayudar en cuestiones sociales difíciles o delicadas, sino que son el lugar del anuncio del Señor y su Evangelio. Desde este anuncio, central y fundamental para todos, de pueden y deben afrontar otras cuestiones que nos toca vivir.

LA HOSPITALIDAD

MARIA ROSA OCAÑA



Fotografía: Iglesia ortodoxa, Patriarcado de Serbia

Acoger es abrir el corazón a la otredad. Es salir de uno mismo e ir al encuentro del otro o ser receptor de su situación, sobre todo cuando el otro está en un estado de indefensión o vulnerabilidad.

Tenemos muchas referencias bíblicas para poder tener conciencia de la importancia que tiene acoger y abrir puertas y espacios de atención y ofrecimiento al desvalido, a quien tiene hambre y sed, el enfermo, a quien está en la cárcel... un largo etcétera.

La hospitalidad de Abrahán en el encinar de Mambré es suficientemente significativa como para estar a la escucha de este hecho que fue tan importante para la historia del pueblo de Israel. La práctica de la hospitalidad está presente en muchas páginas, desde el Pentateuco hasta los libros sapienciales. El profeta Isaías predica un ayuno que consiste en dar pan a quienes tiene hambre y acoger en casa a los pobres sin hogar (*Isaías 58,7*). En el Nuevo Testamento, en san Mateo 25,35-43, se describen todos los aspectos y vertientes acerca del sentido de la hospitalidad, motivo por el cual refuerza aún más la importancia del tema que nos ocupa.

En el campo de la praxis y desde la experiencia de la Iglesia, dentro de la comunidad ortodoxa de Barcelona, del Patriarcado de Serbia, desde siempre el acoger ha estado muy presente en nuestro día a día. La parroquia se compone de diversas nacionalidades provenientes de: Serbia, Rumanía, Moldavia, Ucrania, Rusia, Bulgaria, Georgia y más esporádicamente Grecia, Chipre... Generalmente, todos estos fieles han llegado a nuestra casa buscando nuevas posibilidades de subsistencia. Muchos de ellos sin trabajo, sin saber la lengua y, por tanto, desde el principio encontrándose en un estado de indefensión. La comunidad local, en su mayoría gente del país, ha tenido que ejercer –dentro de las posibilidades y

medidas– la atención constante de acogida y ayuda. Cabe decir que para la ayuda material siempre hemos necesitado de ayuda externa, tanto de las instituciones como de las parroquias vecinas y amigas.

Si volvemos unos años atrás podemos citar algunos casos como, alrededor de los años 80, llegaron a Barcelona familias rumanas, al final del régimen comunista y totalitario, en tiempos de Ceausescu. No necesariamente eran personas refugiadas por causas políticas, pero el régimen político del país se hacía insostenible para ellos. En su país en ese momento la Iglesia estaba perseguida y cuando se bautizaba a un niño o niña los padres pedían al rector de la parroquia que no inscribiera el nombre de la criatura, por temor a represalias y afectaciones que los privaban de los derechos más fundamentales como ciudadanos de su propio país. Desde aquí, la parroquia pudo atender a varias familias, ayudándolas a integrarse en el país.

También el caso de unos chicos que llegaron a Barcelona, a causa del gran desastre acontecido en la central de Chernóbil, dos de ellos bomberos y que necesitaban controles médicos. También la comunidad se movilizó para ayudarlos y acogerlos; uno de ellos estuvo mucho tiempo entre nosotros y actualmente es monje de un monasterio de Ucrania.

O el caso de una persona libanesa que cuando llegó a la ciudad de Barcelona lo primero que hizo fue ir a ver el mar y buscar una comunidad ortodoxa, tratando de encontrar cobijo para su alma.

Es el mismo Cristo que nos invita a colaborar: servicio a la humanidad y servicio al mismo Hijo de Dios. Nos invita a ser partícipes de la propia Voluntad Divina. La hospitalidad es un atributo que nos viene de arriba y hay que estar atentos a esa llamada.

LA CARIDAD EN LA IGLESIA ORTODOXA

JOSÉ SANTOS

El amor al prójimo como segundo mandamiento de Cristo no creo que sea objeto de diferentes interpretaciones entre las Iglesias, pues es muy claro escriptuariamente. Como dice san Juan: «También nosotros debemos dar la vida por los hermanos. Si alguno que posee bienes de la tierra, ve a su hermano padecer necesidad y le cierra su corazón, ¿cómo puede permanecer en él el amor de Dios?» (1 Juan 3,16-17).

En su aplicación práctica, en la Iglesia ortodoxa pueden haber variaciones con respecto a las Iglesias católicas o evangélicas debido a diferencias en la estructura de la Iglesia. Por ejemplo, en la Iglesia ortodoxa solo hay un tipo de monacato con el eje fundamental y casi exclusivo de la vida contemplativa –no diferentes órdenes religiosas que se dedican a fines específicos (entre ellos la obra social)– y hay multiplicidad de Iglesias o patriarcados (que pueden coincidir o no con naciones actuales) totalmente independientes, aunque confesando una misma fe y no una única organización eclesial centralizada.

La organización que predomina en este caso es la diocesana, dependiendo de un obispo y después de cada parroquia, aunque puede haber asociaciones o fraternidades de ámbito más extendido, y esto en cada país con su cultura específica, puede adoptar formas diferentes.

También hay que considerar que en muchas de estas Iglesias su territorio ha estado mucho tiempo dominado por imperios con otra religión (por ejemplo, el Islam) y que en los últimos 100 años (o más) muchos fieles ortodoxos se han visto obligados a emigrar (revolución rusa o época después de la caída de la URSS).

A modo de ejemplo, explicaré el *modus operandi* de nuestra parroquia de Barcelona: somos una parroquia que en su origen estaba compuesta por personas del país, convertidos básicamente, pero a la que, partir de los años 90, con las emigraciones de los países del bloque soviético, se incorporaron muchas personas de diferentes países, con idiomas y costumbres distintas,

pero con dos denominadores comunes: la misma fe y una precariedad económica importante.

Así pues, durante unos años los esfuerzos estuvieron dedicados a ayudar a estas personas en todos los aspectos con nuestros medios –que eran muy limitados–: desde conseguir «papeles» de residencia a encontrar trabajo, resolver problemas de salud, legales, de los nuevos fieles. También para estos recién llegados, el encontrarse los domingos en la iglesia facilitó la entreaayuda entre ellos, y algunos de ellos se empezaron a dedicar activamente a esta labor. Tengo que mencionar especialmente, primero a Constantin (refugiado político rumano) y a Tatiana, una mujer ucraniana que puso –y sigue poniendo– mucho esfuerzo en ello, como traductora, acompañante en gestiones, suministradora de alimentos, etc., y que continua siendo la «asistente social» por excelencia de nuestra parroquia.

Al cabo de un tiempo pudimos alquilar un local adyacente y nos hicimos distribuidores de alimentos del Banco de Alimentos, también comenzamos pagar unos pequeños honorarios a esta persona, prestando ayuda y alimentos a bastantes familias, independientemente de su asistencia o no a los servicios religiosos. Al cabo de unos años no pudimos soportar económicamente este gasto y se tuvo que desmontar esta estructura, aunque se mantiene una parte del presupuesto para este fin.

Actualmente, Tatiana continúa centralizando esta labor, totalmente voluntaria, focalizándose ahora, y gracias a la ayuda y colaboración inestimable de la parroquia católica vecina de Sant Josep Oriol, en dar soporte alimentario a los refugiados ucranianos.

Esta es, de manera muy resumida, nuestro pobre intento de reflejar en nuestra vida la experiencia del amor infinito de Cristo hacia el hombre.

Deseo y bendición

Uno de los ritos más bonitos es aquel de la bendición. La bendición la encontramos en los momentos más significativos de la vida de una persona, de un grupo o de un país o en palabras de cuidado, de atención y de buenos deseos de unas personas hacia otras como por ejemplo tenemos la bendición de los padres a los hijos, la bendición de la comunidad a un enfermo o la de una persona que es enviada a una misión en concreto.

Muchos salmos nos relatan acciones de bendición de Dios como caminos de plenitud, y, sobre todo, la vida de Jesús puede ser comprendida en términos de bendiciones hechas efectivas en sus gestos misericordiosos y en las formas más concretas que realiza el Reino en medio de su gente.

Ritualmente, la bendición se compone de gestos y de palabras que expresan un deseo de plenitud, de abundancia y de fecundidad para una persona o en relación con un acontecimiento. En nuestra liturgia abundan las bendiciones: bendiciones sobre el pan y el vino, bendiciones a novios que se casan, bendiciones a enfermos, a ancianos, a niños... Predominan así las expresiones que hacen palpables los deseos de Dios de plenitud que cae como una lluvia que fecunda a toda la creación. De esta manera se actualizan estas bendiciones veterotestamentarias y sobre todo se vuelve palpable la acción misericordiosa de Cristo y su Espíritu en medio de su gente.

La reciprocidad y la bendición de la acción litúrgica

La bendición es una acción que se da entre las personas, pero que también tiene como agente a Dios mismo. Dios nos bendice, nos dice bien y nos hace bien, y en las celebraciones esto se ve representado de manera recíproca. Recibimos todo de Dios y nosotros nos dirigimos a él con bendiciones y cantos de alabanza; también «lo bendecimos». Como dice el salmo 103: «Bendice, alma mía, al Señor, y todo mi ser a su santo nombre».

La Carta apostólica *Desiderio desideravi*, ha insistido en el acento de la reciprocidad entre Dios y su creación que se da y se concretiza en la liturgia. Esta reciprocidad se basa en este deseo de Dios de que participemos en su Pascua y de su plenitud y en nuestro deseo de integridad y de relación con Dios. En esta línea, el papa Francisco pone este deseo mutuo en el centro de la liturgia y la reformula como un lugar de encuentro, de diálogo, de descubrimiento y de asombro donde solo lo nuevo puede acontecer.

IGLESIAS ORIENTALES EN LA HISTORIA

CARLOS DE FRANCISCO VEGA

Las Iglesias orientales, mientras estuvieron unidas a la Iglesia de Roma, fueron y son católicas, y cuando se desprendieron de la comunión católica comenzaron siendo y llamándose ortodoxas. Es decir, que las Iglesias orientales pueden ser ortodoxas o católicas.

Fotografía: El nombramiento del patriarca Ignatius



Oriente y Occidente comenzaron teniendo un sentido astrológico (*oriens* y *occidens*: el sol que nace o que se pone); después lo oriental adquirió un sentido geográfico (*Oriente* era Asia y Europa era el *Occidente*), pero el Imperio romano consideró a Roma como su centro, y lo oriental era lo que estaba al este de Roma y lo occidental al oeste: una línea imaginaria dividía Europa desde el mar Báltico al mar Adriático. Finalmente, designa también dos aspectos teológicos: Jesucristo es el *Oriens*, el sol que nace de lo alto, y su Iglesia ha de estar orientada hacia Jesucristo, por lo que el cristiano ha de orar «orientado», y la disposición de las iglesias «orientadas» hacia el que vendrá al fin de los tiempos.

Jesucristo y los apóstoles eran orientales de nacimiento, pero universales por el Evangelio a anunciar: primero en Jerusalén, luego en Alejandría y Antioquía por tierra, y por el Mediterráneo hasta llegar a Roma. De esta forma, las primeras comunidades cristianas eran orientales, porque estaban situadas en la parte oriental del Imperio romano. En el siglo I, aprovechando las comunicaciones, el cristianismo había llegado a la capital, Roma, y a otras ciudades importantes del Imperio.

También la Iglesia tuvo que organizarse en el siglo IV: defendiendo la fe frente a las herejías, estableciendo pastores (obispos) en sus comunidades, desarrollando el culto en sus liturgias, y estableciendo cánones o

normas de vida cristiana. Los primeros Concilios celebrados dispusieron el orden de las primeras Iglesias: Roma, Constantinopla, Alejandría, Antioquía y Jerusalén, y en torno a ellas crecieron las diferentes liturgias, todas orientales salvo Roma, y se definió el credo como símbolo de la fe a la vez que se condenaban las herejías o se matizaba la recta fe. Un requisito importante era que estas primeras Iglesias tuvieran a un apóstol o un colaborador suyo como fundador y los obispos fueran sus sucesores en el ministerio apostólico.

Algunas de estas Iglesias cayeron en herejías, dando lugar a un cristianismo dividido, naciendo, ya en los primeros siglos, diferentes Iglesias separadas entre sí: la Iglesia Asiria de Oriente (486), conocida como nestoriana, y de la que nacerá la Iglesia católica caldea (1553) con su tradición católica caldea; y las Antiguas Iglesias de Oriente, conocidas como monofisitas, y que comprende a las Iglesias copta (457), siria (518) y armenia (555). De estas tres surgen las Iglesias copta católica (desde 1824), la Iglesia siria católica (desde 1663) y la Iglesia armenia católica (desde 1198-1375 y 1742), conformándose así las tres tradiciones orientales católicas alejandrina, antioquena y armenia respectivamente. Esta situación viene a demostrar que nunca se perdió el deseo de permanecer unidas a Roma y en comunión con el obispo de Roma, a pesar de las separaciones que aún permanecen.



Fácilmente se puede percibir que las Iglesias orientales se separan de la Iglesia de Roma entre los siglos V-VI y en el siglo XI todas las Iglesias de tradición bizantina (1054) se excomulgan mutuamente sus jerarquías. Para poner fin a esta situación desgraciada y de división se convocó el Concilio de Florencia (1439-1445) con participación oriental y occidental, llegándose a la unidad y comunión católica, pero poco después se denunció lo logrado en este Concilio en el año 1484, y la situación de división todavía permanece.

La división eclesial en la tradición bizantina afectó mucho más: la Ortodoxia bizantina (Constantinopla, Alejandría, Antioquía y Jerusalén), al separarse de Roma, primero jerárquicamente y después eclesialmente, causó el nacimiento de las Iglesias orientales católicas de tradición bizantina desde el siglo XVI: en la Unión de Brest en 1596 surgen las Iglesias bielorrusa (suprimida en 1839), rusa (suprimida paulatinamente) y ucraniana (suprimida en 1805 y restaurada en 1807), pero no pudieron sobrevivir por el imperialismo del Patriarcado de Moscú que no aceptó la Unión de Brest; en la Unión de Uzhorod en 1646 surgen las Iglesias rutena (1771), eslovaca (1818) y húngara (1812) por el cambio de fronteras de estos Estados; finalmente las Iglesias albanesa (1939), búlgara (1861), croata (1777), greco-

melkita (1729), griega (1911 y 1932), macedonia (2001) y rumana (1700) surgen por la conformación de los nuevos Estados. Hay otras Iglesias, como la maronita (tradición antioquena) y la ítalo-albanesa (tradición bizantina) que siempre han sido católicas, así como la siro-malabar y la siro-malankar, (de tradición caldea y de tradición antioquena respectivamente), ambas situadas en la India, por cambio de su tradición inicial.

De todo cuanto antecede cabe deducir que las Iglesias orientales, mientras estuvieron unidas a la Iglesia de Roma, fueron y son católicas, y cuando se desprendieron de la comunión católica comenzaron siendo y llamándose ortodoxas. Es decir, que las Iglesias orientales pueden ser ortodoxas o católicas.

Todas las Iglesias orientales, tanto católicas como ortodoxas, han sufrido una dura prueba martirial: las invasiones musulmanas y la ocupación judía de territorios, las injerencias políticas de Estados ateos, los cambios de régimen y de fronteras, los desplazamientos y deportaciones, todavía existen en nuestros días. Solamente la división eclesial se superará cuando todos los cristianos valoremos el gran don de la plena comunión, que hemos de pedir confiadamente al Espíritu Santo, al mismo tiempo que la diversidad de sus dones en las diferentes liturgias y tradiciones eclesiales.

ICONOGRAFÍA

SANDRA CABRELLES FERRER

El icono es algo más que una imagen religiosa: es arte sacro. El icono tiene un puesto bien determinado en el culto litúrgico y en la devoción privada. Es un medio eficaz para conocer a Dios, a la Virgen y a los santos y unirse a ellos imitándolos. El icono es un lenguaje que equivale a la predicación evangélica, igual que a los textos litúrgicos.

El contenido de la Sagrada Escritura es transmitido en el icono no en forma de una enseñanza teórica, sino en modo litúrgico, esto es, de modo vivo, dirigiéndose a todas las facultades de la persona.

Con ello el icono logra que la atención no se desvíe hacia la complacencia o el placer sensual de su belleza. El icono muestra el paisaje de un modo particular, estilizando montículos y escalones; tierra, agua y árboles son reproducidos sin la extensión

de la profundidad y el paisaje jamás adquiere un significado autónomo en el icono.

Mediante el icono nos remontamos a la Imagen Primera, nos ponemos en contacto con ella mediante la fe y la plegaria y, en respuesta a nuestra fe y plegaria, el icono, este signo sensible –madera y color–, se llena de espíritu de vida que brotan del Prototipo. El icono deviene así, onda transmisora de su gracia.

Lo que para el pintor es el estudio de la naturaleza, lo es para el iconógrafo la copia de los antiguos iconos. Copiarlos tiene una importancia primaria, equivale a instruirse es introducirse en la misma región espiritual. Sin oración, por otra parte, el iconógrafo está muerto para el mundo espiritual y, aunque poseyera perfectamente la técnica del icono, su obra resultaría siempre sin alma.

«QUE TODOS SEAN UNO»

Por todos es conocida la voluntad de Jesús expresada al final de su vida:

«Que todos sean uno, como tú, Padre, en mí, y yo en ti. Para que el mundo crea que tú me has enviado» (*Juan 17,21*). Pero por desgracia el hecho de conocerla no implica que siempre la hayamos vivido así. De hecho, durante muchos siglos, la desunión ha sido más bien nuestro «pecado» como Iglesia.

Es por eso que yo te ruego, Señor, que nos des la gracia para enmendar este mal y que, como verdaderos discípulos tuyos, podamos ser auténticos testimonios de tu amor universal para con toda la humanidad y que los que hemos sido convocados a vivir según tu voluntad pongamos en práctica la misión que nos encomendaste viviendo como hijos tuyos:

«Os ruego que andéis como pide la vocación a la que habéis sido convocados. Sed siempre humildes y amables, sed comprensivos, sobrellevaos mutuamente con amor, esforzándoos en mantener la unidad del Espíritu con el vínculo de la paz» (*Efesios 4,1-3*).

Haznos, pues, Señor, mensajeros de paz y no de enfrentamientos; apóstoles del diálogo y de la unión, en vez de la controversia y la desunión; defensores de la confluencia, en vez de la rivalidad.

Ayúdanos a rezar el padrenuestro con todo su sentido, porque Tú eres nuestro padre, el Padre de todos:

«Un Dios, Padre de todos, que está sobre todos, actúa por medio de todos y está en todos» (*Efesios 4,6*).

Entonces si «cada uno de nosotros se le ha dado la gracia según la medida del don de Cristo» (*Efesios 4,7*) a todos y cada uno de nosotros se nos pide ser modelo de entendimiento, amor y entrega tal y como Dios lo vive en el misterio de la Trinidad y que nos ha revelado a nosotros. Unidad en la pluralidad. Que así sea.

ACABA EL TIEMPO ORDINARIO

NATÀLIA ALDANA



Fotografía: Témpano de la iglesia de St. Trophime de Arles, cedida por Maria Guarach

El reino de Cristo comenzó hace dos mil años, cuando vino a la tierra y nos trajo su mensaje de amor, justicia y servicio

Nos acercamos a las últimas semanas del año litúrgico. Las vacaciones y el verano son ya un recuerdo, estrenamos un nuevo curso académico, los campos recogen su fruto, los días se hacen más cortos y la liturgia nos invita a mirar hacia un futuro escatológico que da sentido a nuestro vivir actual. Y, en estos dos meses, la Iglesia nos propone celebrar dos solemnidades: la de Todos los Santos y la de Jesucristo, Rey del Universo.

La celebración de Todos los Santos quiere venerar a todas las personas santificadas, sea de forma oficial o anónima, que forman la Iglesia del cielo. El origen de esta fiesta lo encontramos en las primeras comunidades cristianas y en el recuerdo que tenían hacia los mártires. Al inicio del siglo IV, con la persecución de Diocleciano, fueron muchos los mártires que dieron su vida por Cristo y eso hizo que se veneraran de forma conjunta al menos una vez al año. En el año 609, el papa Bonifacio IV recibió de parte del emperador bizantino el Panteón de Roma, un templo dedicado a todos los dioses, y lo convirtió en un templo cristiano dedicándolo a santa María y a todos los mártires y acogiendo allí las reliquias que, anteriormente, escondían en las catacumbas.

Estamos ante una fiesta llena de esperanza, aquella que sabe que la fe nos une a todos los santos del cielo

y nos invita a sentirnos miembros de la gran familia de los hijos de Dios. Muchas personas confunden esta fiesta con la conmemoración de los fieles difuntos que celebramos el 2 de noviembre. Son dos días significativos que nos recuerdan la vocación universal a la santidad y nos invitan a elevar nuestra oración por los difuntos, a la luz de la Palabra de Dios, sabiendo que un día nos reuniremos con ellos para gozar por siempre de la paz y el amor.

La solemnidad de Cristo Rey cierra el año litúrgico. Es una fiesta «moderna», instaurada por el papa Pío XI después de la I Guerra Mundial, el 11 de marzo de 1925, en ocasión del 1600 aniversario del concilio de Nicea (año 325). En el año 1969, el papa Pablo VI la trasladó al último domingo del año litúrgico, con el actual título de Jesucristo, Rey del Universo. Esta solemnidad quiere remarcar la importancia de Cristo como centro de toda la historia universal. Él es el alfa y la omega, el principio y el fin. El reino de Cristo comenzó hace dos mil años, cuando vino a la tierra y nos trajo su mensaje de amor, justicia y servicio. Y esperamos que Cristo reinará para siempre con su venida gloriosa al final de los tiempos, en la parusía, con un reino de vida para siempre y para todos.



Sugerencias para los cantos de cada domingo o fiesta en nuestra web:
<https://bit.ly/3cPOItN>

Domingos 27 a 34
(Jesucristo Rey del Universo)
del tiempo ordinario, ciclo C

Del 2 de octubre al 20 de noviembre de 2022

Domingo	Primera lectura	Segunda lectura	Evangelio
Domingo 27 2 octubre	El justo por su fe vivirá <i>Habacuc 1,2-3; 2,2-4</i>	No te avergüences del testimonio de nuestro Señor <i>2 Timoteo 1,6-8.13-14</i>	¡Si tuvierais fe! <i>Lucas 17,5-10</i>
Domingo 28 9 octubre	Volvió Naamán al hombre de Dios y alabó al Señor <i>2 Reyes 5,14-17</i>	Si perseveramos, también reinaremos con Cristo <i>2 Timoteo 2,8-13</i>	¿No ha habido quien volviera a dar gloria a Dios más que este extranjero? <i>Lucas 17,11-19</i>
Domingo 29 16 octubre	Mientras Moisés tenía en alto las manos, vencía Israel <i>Éxodo 17,8-13</i>	El hombre de Dios sea perfecto y esté preparado para toda obra buena <i>2 Timoteo 3,14-4,2</i>	Dios hará justicia a sus elegidos que claman ante él <i>Lucas 18,1-8</i>
Domingo 30 23 octubre	La oración del humilde atraviesa las nubes <i>Eclesiástico 35,12-14.16-19a</i>	Me está reservada la corona de la justicia <i>2 Timoteo 4,6-8.16-18</i>	El publicano bajó a su casa justificado y el fariseo no <i>Lucas 18,9-14</i>
Domingo 31 30 noviembre	Te compadeces de todos, porque amas a todos los seres <i>Sabiduría 11,23-12,2</i>	El nombre de Cristo será glorificado en vosotros y vosotros en él <i>2 Tesalonicenses 1,11-2,2</i>	El Hijo del hombre ha venido a buscar y a salvar lo que estaba perdido <i>Lucas 19,1-10</i>
Todos los Santos 1 noviembre	Una muchedumbre inmensa... de todas las naciones <i>Apocalipsis 7,2-4.9-14</i>	Veremos a Dios tal cual es <i>1 Juan 3,1-3</i>	Alegraos y regocijaos, porque vuestra recompensa será grande en el cielo <i>Mateo 5,1-12a</i>
Fieles Difuntos 2 noviembre	Ya vivamos ya muramos, somos del Señor <i>Romanos 14,7-9.10-12</i>	(- - -)	Venid vosotros, benditos de mi Padre <i>Mateo 25,31-46</i>
Domingo 32 6 noviembre	El Rey del universo nos resucitará para una vida eterna <i>2 Macabeos 7,1-2.9-14</i>	Que el Señor os dé fuerza para toda clase de palabras y obras buenas <i>2 Tesalonicenses 2,16-3,5</i>	No es Dios de muertos, sino de vivos <i>Lucas 20,27-38</i>
Domingo 33 13 noviembre	A vosotros os iluminará un sol de justicia <i>Malaquías 3,19-20a</i>	Si alguno no quiere trabajar, que no coma <i>2 Tesalonicenses 3,7-12</i>	Con vuestra perseverancia salvaréis vuestras almas <i>Lucas 21,5-19</i>
Jesucristo, Rey del Universo (Domingo 34) 20 noviembre	Ellos ungieron a David como rey de Israel <i>2 Samuel 5,1-3</i>	Nos ha trasladado al reino del Hijo de su amor <i>Colosenses 1,12-20</i>	Señor, acuérdate de mí cuando llegues a tu reino <i>Lucas 23,35-43</i>

Se puede acceder a los comentarios de las lecturas del tiempo correspondiente escaneando el código QR o en este enlace:
<https://bit.ly/3M5wqWx>



«Desiderio desideravi»

GONZALO GUZMÁN KARADIMA

Recientemente el papa Francisco ha publicado la carta apostólica *Desiderio desideravi* sobre la formación litúrgica de Pueblo de Dios. Como lo dice él expresamente, su intención no es «tratar la cuestión de forma exhaustiva [...] sino ofrecer simplemente elementos de reflexión para contemplar la belleza y la verdad de la celebración cristiana» (*Desiderio desideravi* 1).

Bien sabe el Papa que este documento es publicado en un momento complejo para la vida de la Iglesia algunos miembros del Pueblo de Dios han expresado públicamente su dificultad para aceptar que «los libros promulgados por los Santos Pontífice, Pablo VI y Juan Pablo II [...], como única expresión de la *lex orandi* del rito romano» (*Traditionis custodes* 1; *Desiderio desideravi* 31). El texto quiere dar luz y paz en búsqueda de la comunión, ya que no cabe dudas que la cuestión de fondo no es solamente el uso del *vetus ordo* para la celebración eucarística, sino que es una problemática eclesiológica profunda con los principios teológicos con los que la Iglesia actual se

comprende a sí misma a partir de *Lumen gentium*.

Ya son muchas las intervenciones que el papa Francisco ha realizado relativas a la liturgia; algunas de ellas a nivel de una reflexión espiritual y otras ya en un marco normativo con importantes modificaciones. En todas es evidente su comunión con los principios teológico-litúrgicos de Concilio Vaticano II. Principalmente se destaca su deseo por una anhelada participación activa, consciente y fructuosa del Pueblo de Dios en las celebraciones. Para Francisco, la liturgia, por la presencia de Cristo y su misterio, como por la asamblea, «sacramento» del pueblo de Dios, es una realidad viva. Se trata del encuentro con Cristo en el estupor de la belleza del lenguaje simbólico celebrativo.

El Santo Padre ha insistido que en la sagrada liturgia el individualismo no tiene lugar, el yo debe dar paso el nosotros, signo de comunión y, ciertamente, de sinodalidad. Esta, la celebración litúrgica, le pertenece a todo el Pueblo de Dios permaneciendo siempre fiel a su tradición.

Por todo esto es que se hace



necesario formar y formarse para celebrar y, al mismo tiempo, dejarse formar por la celebración misma, por ello se debe procurar que la belleza plasmada en un correcto *ars celebrandi* genere el asombro necesario para un encuentro con Dios trino transformante.

Nos unimos al llamado pontificio: «Abandonemos las polémicas para escuchar juntos lo que el Espíritu dice a la Iglesia, mantengamos la comunión, sigamos asombrándonos por la belleza de la liturgia. Se nos ha dado la Pascua, conservemos el deseo continuo que el Señor sigue teniendo de poder comerla con nosotros. Bajo la mirada de María, Madre de la Iglesia» (*Desiderio desideravi* 65).